

LA MEMORIA DE LO NO VIVIDO

ARNALDO JIMÉNEZ.

El objetivo de toda ficción es otorgarle préstamos de ilusión a la realidad; pero si nos fijamos bien, este es el mismo objetivo que la realidad fija para sí misma, es por ello que se torna expandible, se rehace sin cesar y en cada reacomodo de sus espacios, la realidad se muestra cada vez más ficcional. El límite de toda ficción y de toda realidad lo fija la muerte, y hasta que la ciencia, sea la física o las naturales, no demuestren que la vida continúa después de la muerte, la realidad y la ficción seguirán entrecruzando sus posibilidades de recreación; por cierto, este tema es trabajado con mucha experticia por Elmer Locatelli en el cuento El viaje, perteneciente a esta antología. Si este cuento llegase a ser cierto en el futuro, sería el final de todas las ficciones, la realidad no podría ser superada por la narrativa. Mientras tanto, nosotros los mortales, jugaremos a inventar sobre lo inventado, a colocarle otros límites orquestados por impulsos vitales, por latidos de dioses que se escuchan en el fondo de nuestros cuerpos o nuestras almas. En este conjunto de cuentos que usted, estimado lector o lectora, está a punto de comenzar a leer, se pueden escuchar los ecos de esos impulsos, le invitamos a pasar y dejar a un lado las seguridades racionales con las que hasta ahora ha comercializado con la realidad.

Entonces tenemos que los límites de la narrativa de ciencia ficción, tanto los que acentúa la muerte como los que forja la vida, sufren del mismo mal: la capacidad de transformarse, de ensanchar sus márgenes. Por el lado oscuro, la luna de la ficción abre sus incógnitas a las generaciones, lo que el ser humano inventa sólo puedo saberlo si el tiempo de mi vida me lo permite, lo que mi generación vive es siempre más ficcional que lo que vivieron las generaciones anteriores. La ciencia ficción nos da la posibilidad de leer ese futuro aquí y ahora. Cuando los autores- palabra ésta que se refiere a la capacidad que un ser humano cualquiera tiene de convertirse en un dios creador de mundos ficcionales-



nos convencen de que esa realidad virtual se asemeja a una realidad concreta, emergemos de la lectura con un cierto sabor a verdad. Precisamente decir que esta característica de la ciencia ficción, su verosimilitud a través de la narrativa, se logra en esta antología con mucho acierto. Y es que la característica principal de estos cuentos sabiamente recopilados por Nesfrán González, es el conocimiento profundo del género que muestran los autores, aquí no hay posibilidad para el aburrimiento ni para la separación del texto hasta tanto no se llegue a la última página. El lenguaje encuentra sus espacios de malabarista y de mago, vistiéndose a ratos de ser ciudadano y a ratos de habitante del terror como en el cuento de Miguel Rojas, A pesar de la niebla, quien maneja un hilo narrativo caracterizado por la intensidad y el suspenso. El lenguaje le permitió a nuestro recopilador, en su cualidad de cuentista, trasladar el cuento del Dinosaurio de Monterroso para que cierre uno de sus cuentos, La noche de dragones, sólo trastocando el dinosaurio en dragón y dejándonos con su malicia creati-

va en el pensamiento. Sólo los dos cuentos de Luís Suárez Meza, Sofén, el antiguo y Viaje a la isla alada, nos hablan de otra realidad, la de los anhelos que todos poseemos por encontrar un mundo posible dentro de este mundo, la posibilidad de conseguir una ciudad no descubierta, un paraíso que viajando paralelo al nuestro en éste y nos muestra una armonía deseada en el orden social. Una confluencia de grandes y pequeñas vidas.

Los temas clásicos de la ciencia ficción, la inmortalidad, los adelantos tecnológicos para manipular el genoma humano, para dominar políticamente a la humanidad-como nos lo muestra Jesús Alberto Mejías en su cuento Magnicida o redentor, donde asienta las bases de edificación de una sociedad futura totalmente controlada por las corporaciones tecnológicas; las dudas sobre el tiempo y sobre la propia identidad al perderse las fronteras entre el sueño y lo real despierto, tal el caso del cuento Simetrías de Dacio Medrano, el cual me hizo imaginar en torno a la posibilidad de que si a un ser no humano se le dijera que existe

otro ser capaz de crear imágenes no controladas por su voluntad y con los ojos cerrados, sería incapaz de creerlo. Todos estos temas son tratados aquí con maestría, mezclados a elementos de nuestra cultura, a nuestro modo de contarnos las ficciones, así lo muestra Alberto Hernández, quien con un ingrediente de humor logra crear una atmósfera completamente ficticia en la que los personajes de la literatura salen de sus contextos y participan de las intenciones del escritor, darles el espacio de la narrativa de ciencia ficción para remarcar que los autores también son ficticios, así, el cuento se voltea hacia su creador y le pregunta si de verdad existe. O acudiendo a elementos de la vida cotidiana, como las entrevistas periodísticas (La pregunta importante, de Milagros Bortello), a través de la cual la autora dibuja y desdibuja a su personaje, abandonando en nuestra percepción esas máscaras que quedarán para siempre en la niebla de la posibilidad hasta que no sepamos con exactitud cuál fue la pregunta que no llegó a formular, o las historias clínicas que, sitúan al lector en

un ambiente familiar para luego irlo sumergiendo en un mundo de ficción sin que pueda decir, esto es mentira, no puede suceder, si no lo contrario, el lector establece las coordenadas de la representación actual de la ciencia y la tecnología y despliega un vector de confianza hacia los hechos que pueden ocurrir en nuestro archivo de lo no vivido, este es el caso de Ubicuidad, de Alberto Castillo Vicci. También se logra el mismo efecto de verosimilitud utilizando el recurso del horario como en el cuento Simetría, ya antes citado.

El libro, éste en particular, se convierte en una memoria para guardar algo inverosímil: el recuerdo de lo no acontecido. Por este camino nos acercamos al registro de una vida que vivimos y no sabemos que vivimos, para mí, esto sería otro colmo de la ficción, y sin embargo es lo que ocurre a cada uno de nosotros si aceptamos la existencia de ese otro que el psicoanálisis llama inconsciente y que de alguna manera se encuentra presente en mucho de estos cuentos que tratan la relación del sueño con la realidad.

Me doy cuenta que las dos caras de la ficción tratan los mismos asuntos, pero para que no perdamos la secuencia que traíamos, diremos unas palabras más específicas acerca del lado claro de la luna de la ficción: cuyo límite expandible está sujeto a los desarrollos tecnológicos y concentrado en la frase de Jorge Jiménez, "las computadoras dan para todo" (Cuento: El eco de Frankenstein). Esta certeza recorre toda la ciencia ficción en cada una de sus modalidades, sobre todo en el cine norteamericano donde prácticamente ha pasado a ser un protagonista ubicuo e indispensable. El cuento de Jorge Jiménez se introduce por aspectos actuales generados por las redes sociales, la ética que subyace en ellas, el comercio con las intimidades..., todo en ese cuento parece cierto, sobre todo por los muchos elementos de nuestra cotidianidad que allí están presentes.

Y es que en esta memoria de lo no vivido las posibilidades de los acontecimientos encuentran un lugar en la creencia de aquellos que sabemos que la ficción es la médula de lo real.